



Revista Latinoamericana de Psicología
ISSN: 0120-0534
direccion.rlp@konradlorenz.edu.co
Fundación Universitaria Konrad Lorenz
Colombia

Pino, María José; Herruzo, Javier
Consecuencias de los malos tratos, sobre el desarrollo psicológico
Revista Latinoamericana de Psicología, vol. 32, núm. 2, 2000, pp. 253-275
Fundación Universitaria Konrad Lorenz
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80532201>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

CONSECUENCIAS DE LOS MALOS TRATOS SOBRE EL DESARROLLO PSICOLÓGICO

MARÍA JOSÉ PINO Y JAVIER HERRUZO*

Universidad de Córdoba, España

ABSTRACT

Maltreatment and its sequels have received increasing attention during the last decade. In this article the main existing data are presented, trying to distinguish among the effects of the different patterns of maltreatment on the psychological development during the infancy, school age, adolescence, and adult age. Among the main consequences in infancy, it has been found developmental retardation (after the first year and that seems to increase along the time). All behavioral areas are affected but the motor area is the less affected. Other behavioral problems are also observed (anxiety, impulsiveness). On the other hand during the school age it has been found academic deficits, lower IQ probably due to the effect of maltreatment on the cognitive and social developmental areas. In the adolescent period conduct disorders are presented (aggressive and antisocial behavior). In the adult age period it has been

* Correspondencia: JAVIER HERRUZO, Departamento de Educación, Facultad de Ciencias de la Educación, C/Priego de Córdoba s/n, 14071-Córdoba, España. E-mail: edlhecaf@uco.es

traditionally accepted that people who were maltreated as children become abusive parents; however, some doubts have been presented on this general conclusion. Research on protective and vulnerability factors has been carried out, concerning the inter-generational transmission of maltreatment. Finally possible causal mechanisms are discussed. Probably some variables involved in the child-adult interaction can be responsible for the observed effects.

Key words: Maltreatment, consequences, patterns of maltreatment, psychological development.

RESUMEN

En la última década se ha comenzado a prestar atención a las secuelas que producen los episodios de maltrato. En este trabajo se presentan los datos más o menos consistentes con los que contamos en la actualidad, tratando de distinguir entre los efectos de los diferentes tipos de malos tratos sobre el desarrollo psicológico del niño, efectos en la infancia, la edad escolar, la adolescencia y la edad adulta. En lo relacionado con efectos en la infancia se destaca el retraso en el desarrollo que empieza a apreciarse a la edad de un año de vida y que parece aumentar a medida que pasa el tiempo. Se da en todas las áreas comportamentales, siendo la motora la menos afectada. Existen además otros problemas de conducta (ansiedad, impulsividad, distractibilidad, p.e.). En la edad escolar nos encontramos además con retrasos académicos, menor rendimiento en pruebas de inteligencia, probablemente debido a su retraso en el área sociocognitiva. En la adolescencia hay problemas de conducta (conducta agresiva y conducta antisocial). Se ha aceptado tradicionalmente que los efectos a largo plazo del maltrato consistían en que estos sujetos maltrataban a sus hijos cuando llegaban a ser padres, aunque recientemente esto se ha puesto en duda. Se presentan algunos factores protectores y de vulnerabilidad a la transmisión integeneracional del maltrato. Por último, se presenta una reflexión sobre los posibles factores responsables o mecanismos a través de los cuales los malos tratos llegan a producir esas consecuencias. Probablemente son las variables propias de la interacción niño-adulto las principales responsables de esos efectos observados.

Palabras clave: maltrato, subtipos, consecuencias, desarrollo psicológico.

INTRODUCCIÓN

Desde la descripción del "síndrome del niño apaleado" por Kempe en los años 60, el interés inicial por el maltrato físico se ha visto enriquecido por la

profundización y distinción entre los diferentes subtipos de maltrato. Aunque el mayor esfuerzo se ha centrado en analizar, teorizar, evaluar e intervenir sobre las conductas agresivas de los padres, asumiendo que una vez eliminadas las acciones maltratantes de los padres se eliminaría el problema de los niños, en la última década se ha comenzado a prestar atención a las secuelas que producen esos episodios de maltrato (Azar, Barnes y Twentyman, 1988).

Las dificultades para investigar las consecuencias de los malos tratos son considerables. La infancia es un período de la vida caracterizado por enormes cambios, lo que dificulta el establecimiento de unos criterios estándares sobre los cuales valorar los efectos de cualquier influencia negativa. Al tratarse de un fenómeno multicausado, la investigación se complica al ser necesario el control de un elevado número de factores, por lo que los datos han de ser siempre tomados con una elevada dosis de prudencia (Cicchetti, 1987). Existen múltiples problemas metodológicos entre los que se encuentran la falta de delimitación precisa de los diferentes subtipos de maltrato infantil, definiciones poco concretas y operativas de cada uno de los subtipos y poco consenso entre los investigadores en cuanto a dichas definiciones además de ser frecuentes los trabajos realizados con diseños en los que no hay grupo control o no están igualados, o se utilizan datos retrospectivos (Besharov, 1981; De Paúl y Arnuabarrena, 1990; Kinard, 1985; Lamphear, 1986; Leventhal, 1981; Newberger, Newberger y Hamptom, 1983). A esto se ha de añadir que la mayoría de los malos tratos se producen de forma oculta, y de manera intermitente e inconstante, por lo que la valoración de sus efectos estará siempre considerablemente sesgada, al no poder contar con una acción homogénea de la variable independiente, es decir, no se encontrarán dos sujetos que hayan sido maltratados de la misma manera, por lo que a la hora de valorar la influencia del maltrato (VI) sobre el desarrollo (VD), los sujetos habrán estado expuestos a la VI de diferente forma. Como Egeland y Sroufe (1981) han señalado, se trata de un fenómeno que ocurre con frecuencia e intensidad variables y dentro de ambientes familiares muy distintos, por lo que un grupo de niños maltratados, formado para una investigación siempre estará compuesto por sujetos que han estado sometidos a patrones de maltrato diferentes.

A pesar de estas dificultades, la gravedad de las consecuencias que pueden ocasionar los malos tratos obligan moralmente al científico a reflexionar basándose en la evidencia existente y tratar de sistematizar y buscar aquellos datos que permitan paliar o acabar con esos efectos negativos, a la vez que sigue investigando la relación entre los efectos observados y los diferentes tipos de maltrato.

En este trabajo vamos a intentar ofrecer una visión del estado actual de la cuestión, presentando al final una reflexión sobre los aspectos etiológicos, así

como algunas sugerencias para prevenir los posibles efectos negativos de los malos tratos.

CONSECUENCIAS DE LOS MALOS TRATOS

Por consecuencias entendemos toda la serie de alteraciones en el funcionamiento individual, familiar y social de las víctimas de maltrato, siendo los aspectos más conocidos la reproducción del mismo y las alteraciones en el rendimiento académico, en el ajuste psíquico individual y en el tipo de relaciones en las que el sujeto participa (Friederich y Wheeler, 1982; Lamphear, 1986). Los malos tratos que se perpetran sobre los niños pueden provocar daño o consecuencias negativas a dos niveles: somático y psicológico. No es objetivo de este trabajo centrarse en los primeros, por lo que sólo los citaremos brevemente (Martínez, Roig y De Paúl, 1993; Querol, 1991).

Las consecuencias somáticas del *abandono físico* serían diversas como el retraso pondoestatural, cronificación de problemas por falta de tratamiento médico (estrabismo, maloclusiones dentarias, escoliosis, etc.), vitaminopatías, entre la que destaca el raquitismo (sus consecuencias que pueden ser irreversibles), eritremas de pañal (pueden provocar infecciones o bien dejar cicatrices permanentes), aplanamiento del occipucio (por exceso de tiempo del lactante en posición decúbito supino), aparición de ciertas enfermedades prevenibles mediante vacunación, y producción de quemaduras y otras lesiones por accidentes familiares debidas a una falta de supervisión.

Las principales consecuencias somáticas del *maltrato físico* serían las lesiones cutáneas, quemaduras, lesiones bucales (que pueden afectar a la posición de dientes), lesiones óseas (que pueden afectar al crecimiento o a la movilidad articular), lesiones internas (traumatismos craneales y oculares) entre las que destacan aquellas que producen edemas cerebrales puesto que pueden tener secuelas neurológicas. Como Martín (1976) ha señalado, entre el 20% y el 50% de los niños que padecen maltrato físico, su sistema nervioso queda lo suficientemente dañado como para provocar un déficit serio en su funcionamiento diario.

A pesar de la gravedad de estos efectos somáticos, que caen en buena medida dentro del ámbito profesional médico, las consecuencias que más nos van a interesar, dado el punto de vista desde el que se aborda el presente trabajo, son las psicológicas. Al hablar de *consecuencias psicológicas* nos estamos refiriendo al amplio espectro de comportamientos alterados que pueden aparecer (que podríamos calificar en buena medida como *excesos conductuales*) y también los retrasos o *déficit* en ciertos repertorios que se esperarían en los niños en función

de sus edades respectivas. Estas consecuencias pueden manifestarse a corto, medio o largo plazo o, si se prefiere, durante la infancia, adolescencia y edad adulta.

CONSECUENCIAS DURANTE LA INFANCIA

Entre las consecuencias psicológicas de los malos tratos durante la infancia o a corto plazo vamos a incluir los efectos que éstos pueden tener sobre el desarrollo psicológico del niño en el período comprendido entre los cero y los ocho años. Aunque la psicología evolutiva defiende la vida entera como período en el que se producen cambios, lo cierto es que los cambios más rápidos y drásticos se producen en el período de cero a seis/ocho años. Como Shameroff y Chandler (1975) han señalado, el desarrollo es fruto de múltiples interacciones entre las características del niño, la educación de los cuidados parentales y una serie de factores ambientales que están presentes durante períodos prolongados, sin olvidar las variables puramente biológicas. Por ello, al pensar en las consecuencias que sobre el desarrollo tienen los malos tratos hay que tener en cuenta la dificultad existente en la valoración de estos efectos de la infancia, dado que el punto de referencia siempre consiste en algo tan mudable (mucha variabilidad intra e intersujetos) como el comportamiento en los primeros años de vida, especialmente en el período comprendido entre cero y ocho años.

La principal y más dramática secuela que los malos tratos parecen producir en el desarrollo de los niños es precisamente su *retraso*. Como Egeland y Sroufe (1981) concluyen en su paradigmático trabajo longitudinal, se observa un patrón descendente en el funcionamiento de estos niños, que empieza a ser evidente a la edad de un año, y muy claro ya a los veinticuatro meses. Esta conclusión está refrendada por estudios tanto clínicos como epidemiológicos de corte transversal y también longitudinales (Barahal, Waterman y Martin, 1981; Hoffman-Plotkin y Twentyman, 1984; Salzinger, Kaplan, Pelcovitz, Samit y Krieger, 1984; Pino, 1995; Sandground, Gaines y Green, 1974). A continuación trataremos de especificar qué áreas comportamentales se encuentran más afectadas.

1. Área Cognitiva

A nivel general podemos decir que los niños que padecen algún tipo de maltrato, comparados con aquellos que no lo padecen (o sujetos controles), presentan un menor desarrollo cognitivo, se muestran más impulsivos, menos creativos, más distraíbles y su persistencia en las tareas de enseñanza-aprendizaje es menor. Son menos habilidosos resolviendo problemas y cuando llegan a la edad escolar muestran peores resultados en las pruebas de CI y tienen peores ejecuciones académicas.

El maltrato físico se ha asociado con el retraso cognitivo. Como Martin y Rodeheffer (1976) han indicado, los castigos físicos provocarían el aprendizaje de muchos comportamientos de evitación que resultarían adaptativos dentro del contexto familiar pero que serían desadaptativos fuera de este ambiente, lo que podría explicar la "hipervigilancia" de estos niños, conducta que resulta incompatible con la atención en los contextos escolares. Sin embargo, como Azar y Barnes (1987), y Martin y Rodeheffer (1976) han señalado, se ha puesto en duda que sea el maltrato físico como tal el responsable del retraso cognitivo, ya que podría explicarse por efecto del propio ambiente familiar pobre a nivel estimular un tanto que no se han observado diferencias entre las ejecuciones cognitivas de los niños maltratados físicamente y los que sufren abandono físico (Hoffman-Plotkin y Twentyman, 1984; Sandground, Gaines y Green, 1974). Salzinger, Kaplan, Pelcovitz, Samit y Krieger (1984) también pusieron de manifiesto que los déficits de atención son comunes a ambos tipos de maltrato. Esta ausencia de diferencias a nivel cognitivo se ha observado también entre hermanos de los que uno había padecido maltrato físico y el otro no, lo que sugiere que los efectos se deban más al propio ambiente familiar que al maltrato físico. No obstante, en el caso del abandono físico, como Pino, Herruzo y Moya (1998) señalan, es mucho más probable que se deba al tipo de interacción que se establece entre el niño y sus progenitores/cuidadores, ya que niños de su mismo medio y que no padecen abandono, no muestran retraso en su desarrollo.

Egeland *et al.* (1981, 1983) en un trabajo longitudinal determinaron la caída en el funcionamiento cognitivo de estos niños mediante la Escala de Desarrollo de Bayley (BSID). Aunque en todos los sujetos estudiados hubo una caída considerable, la más significativa fue la que mostraron los que padecían abandono psicológico o emocional, con una pérdida de 40 puntos entre los nueve y los 24 meses.

En resumen, los niños maltratados funcionan cognitivamente por debajo del nivel esperado para su edad, ya que su puntuación en escalas de desarrollo y tests de inteligencia es menor, sus habilidades de resolución de problemas son menores y hay déficit de atención que comprometen el rendimiento en las tareas académicas.

2. Área Social

En el área de desarrollo social o socio-afectivo es donde se han reunido más datos hasta la actualidad, apareciendo diferencias claras entre los niños maltratados y los controles. Estos niños, a los 18 y 24 meses sufren un apego ansioso y presentan más rabia, frustración y conductas agresivas ante las dificultades que los no maltratados (Egeland y Sroufe, 1981). Entre los 3 y 6 años tienen mayores problemas expresando y reconociendo afectos que los controles (Camras,

Ribordy, Spaccarelli y Stefani, 1986). También expresan más emociones negativas y no saben animarse unos a otros a vencer las dificultades que se presentan en una tarea (Egeland *et al.*, 1981; 1983). Por último, presentan patrones distorsionados de interacción tanto con sus cuidadores (Gaensbauer y Sands, 1979; Gaensbauer, Mrazek y Harmon, 1980) como con sus compañeros (George y Main, 1979; Howes, 1988).

En el estudio de las consecuencias del maltrato en el área social ha tenido mucha importancia la llamada "prueba del extraño", consistente en breves separaciones y reuniones del niño con su madre en presencia de una persona extraña. Su objetivo consiste en crear estrés en el niño de un modo escalonado, para poder observar los subsiguientes cambios en la conducta de interacción con sus padres, suponiendo que las variaciones del apego se harán más evidentes en situaciones de este tipo.

En esta prueba la mayoría de los niños normales muestran un apego seguro, es decir, que se dedican a explorar el ambiente mientras está la madre presente y la buscan activamente mientras no lo está. Sin embargo los niños maltratados muestran un apego inseguro, consistente bien en explorar por sí solos el ambiente, comportarse de manera similar ante la madre y la extraña y rechazar activamente a la madre en las reuniones (apego ansioso-evitativo), o bien se muestran desde el principio molestos con el nuevo ambiente y la presencia del extraño, siendo muy limitada la conducta exploratoria. Cuando la reunión entre la madre y el hijo se produce, estos niños son difíciles de consolar y se muestran resistentes al contacto físico (ansioso-resistente).

Los niños maltratados del estudio de Egeland *et al.* (1983), tanto física como verbalmente, y los abandonados emocional y físicamente, presentaban apego ansioso desde la edad de un año hasta los 42 meses. En general, todos lo mostraban, pero la mayor proporción se obtuvo en el grupo de abandono emocional (100%), que eran del tipo ansioso-evitativo. Especialmente significativo fue que dentro de los que padecían el abandono emocional, los que además padecían maltrato físico, mostraron menos angustia y frustración que los que padecían sólo abandono emocional. Como comentan los propios autores, los resultados sugieren que las consecuencias son peores cuando los niños sufren solo el rechazo que cuando sufren el rechazo alternado con la atención que supone la aplicación del castigo físico. Este fenómeno es congruente con la información existente a nivel de psicología básica, que nos indica que en condiciones extremas de privación, cualquier conducta de atención, aunque sea aversiva, puede funcionar como reforzador.

Gaensbauer *et al.* (1979; 1980) identificaron seis patrones distorsionados de comunicación afectiva entre los niños maltratados y sus cuidadores: eran retirados o distantes afectivamente, mostraban falta de placer o bienestar, eran

inconsistentes en la interacción, presentaban ambigüedad, frivolidad y una comunicación afectiva negativa.

George y Main (1979) encontraron muchas diferencias entre la forma de interaccionar socialmente de los niños maltratados físicamente de 12 a 36 meses y de los controles. Los maltratados se acercaban menos a los cuidadores, evitaban más a los adultos y a los compañeros y eran más agresivos con los adultos. Evitaban especialmente a los adultos cuando éstos se les acercaban amigablemente; sin embargo, cuando eran los propios niños los que iniciaban la interacción, no se mostraban evitativos.

Hoffman-Plotkin y Twentyman (1984), descubrieron que los niños maltratados físicamente eran más agresivos que los controles y que los que padecían abandono interaccionaban menos de lo normal. Howes y Espinosa (1985) informaron, además, de que ese déficit en interacción desaparecía cuando los niños interaccionaban con otros niños a los que conocían bien, ya fuera en grupos recién formados como otros ya existentes. No obstante los niños controles se mostraron más habilidosos en las relaciones interpersonales.

Azar, Barnes y Twentyman (1988) indican que los niños maltratados han mostrado evidencia conductual de déficit en empatía. Son niños que entre 1-3 años no mostraban interés por escapar a las situaciones molestas de la guardería, y cuando lo hacían, reaccionaban con conductas no encontradas en los controles, como ataques físicos, cólera o miedo (Main y Georges, 1985). También se ha visto que los niños maltratados son menos recíprocos en las interacciones con sus iguales. Y Elmer y Martin (1987) sugieren que estas dificultades en habilidades de empatía perduran hasta la edad adulta. Pino, Herruzo y Moya (1998) encontraron también retrasos considerables entre los niños con abandono físico al compararlos con los controles.

Por lo tanto, se podría afirmar que los niños padecen algún tipo de maltrato van a ver perjudicado su desarrollo en el área social. Los estudios, como se ha señalado, son diversos y se centran en analizar aspectos diferentes del comportamiento social, pero finalmente el perfil resultante es disfuncional, puesto que su conducta emocional está alterada (agresivas, principalmente), reaccionan peor a la frustración, poseen menos habilidades sociales en cuanto a empatía y relaciones interpersonales y tienen más dificultades para la interacción social.

3. Área de Lenguaje

En el área de lenguaje también se aprecian diferencias de desarrollo de los niños maltratados y los controles. Beeghly, Carlson y Cicchetti

(1986) descubrieron que los niños que padecen maltrato físico, a los 30 meses, no se diferencian en cuanto a lenguaje comprensivo pero si en el productivo. A esta edad es normal que los niños puedan identificar por su nombre sensaciones de percepción, estados fisiológicos, malestar moral, etc., sin embargo los niños que padecen abandono y maltrato físico son deficitarios en la expresión de este tipo de verbalizaciones referentes a estados internos.

Coster, Gersten, Beeghly y Cicchetti (1989) estudiaron la interacción verbal madre-hijo en niños de 31 meses. Observaron que los maltratados físicamente utilizan un lenguaje menos complejo sintácticamente, tienen menos vocabulario expresivo y conocen menos palabras que los normales. Presentaban, también, déficit en sus habilidades de discurso, como por ejemplo, utilizaban más muletillas, menos frases descriptivas, hablaban considerablemente menos acerca de su propia actividad, hacían menos preguntas para pedir información y no hacían apenas referencia a hechos o cosas que no estuvieran presentes en ese momento en ese contexto (sólo hablan de lo inmediato presente). Su conclusión final se asemeja a la ya apuntada. Los niños maltratados a la edad de dos años y medio presentan diferencias con los controles en lenguaje productivo, aunque no en el comprensivo. Destaca también la clara diferencia en el número de errores cometidos en topografía verbal (Pino y Herruzo, 1993; Pino, Herruzo y Moya, 1998).

Algunos estudios sobre la conducta de las madres nos dan referencia de las posibles etiologías de estos déficit. Burgess y Conger (1978) observaron que las madres de los niños que padecen abandono y maltrato físico hablaban menos con sus hijos que las controles. Además, en lo que hablaban eran más negativas, más controladoras y menos positivas que las controles. En los casos de abandono físico las madres dan menos recompensas verbales y aprobación a sus hijos y, por el contrario, se muestran más propensas a criticarlos (Aragona y Eyberg, 1981). También se ha visto que interactúan verbalmente menos con sus hijos (Bousha y Twentyman, 1984). En los casos de maltrato físico utilizan menos instrucciones verbales que las controles para ayudar a sus niños a superar dificultades normales de su ambiente (Wasserman, Green y Allen, 1983). Además, inician menos interacciones de juego e ignoran más a sus hijos. Estas madres utilizaban con menos flexibilidad el lenguaje para facilitar la comunicación con sus hijos (Wasserman y Rosenfeld, 1986).

Estos problemas no parecen remitir a lo largo del tiempo, sino que perdura hasta la edad escolar. Como han señalado Blager y Martin (1976), los niños maltratados presentan dificultades de comunicación y de habilidades de expresión.

4. Área de Autonomía Funcional

El área de autonomía funcional puede ser definida de forma muy amplia y comprender diversos tipos de repertorios. Por un lado, puede haber conductas de cuidado personal (aseo, vestido, nutrición, etc.) que en condiciones normales deben ser aprendidas en el seno familiar y, por otro lado, están las habilidades de la vida en comunidad, es decir, la capacidad que el sujeto tiene de funcionar de forma independiente a sus progenitores o cuidadores. La opinión pública suele identificar el área de autonomía con esta segunda acepción, si bien en la infancia, la mayoría de las habilidades de autonomía que se adquieren están englobadas en la primera acepción (autocuidado).

El área de autonomía funcional es, probablemente, la que menos atención ha recibido en la literatura. Los resultados del trabajo de Egeland *et al.* (1981, 1983) muestran que los niños que padecían diferentes formas de maltrato presentaban un apego ansioso, en especial los que sufrían abandono emocional. Estos niños tendían a ser menos obedientes a sus padres y educadores que los controles y presentaban menor repertorio de autocontrol. El grupo de abandono físico resultó especialmente dependiente del educador para aquellas tareas propias de la nutrición que se llevaban a cabo en el colegio. Sin embargo en cuanto a los comportamientos de funcionamiento independiente con respecto a los padres en su medio, estos niños llegan a estar al nivel o por encima de los controles (Pino, 1995). Esto podría ser una consecuencia directa del número de horas que éstos pasan solos, muchas veces en la calle, desde edades muy tempranas.

5. Área Motora

Por último, en el área motora también aparecen déficits aunque parece ser la menos afectada (Pino, 1995). En el estudio de Egeland *et al.* (1981, 1983) los niños maltratados se mostraron menos hábiles que los controles en el uso de herramientas a las 24 meses de edad. En Pino y Herruzo (1993) los niños que padecían abandono físico se mostraban más tardíos en adquirir la locomoción y se apreciaban también déficit en motricidad fina.

6. Problemas de Conducta

Para finalizar este apartado citaremos otros efectos a corto plazo de los malos tratos que tienen importancia para el desarrollo porque están calificados también como psicopatologías infantiles y además frenan la aparición de otros repertorios adaptativos (Bijou, 1988). Nos referimos a los problemas de comportamiento en general (conductas agresivas, hiperactivas y disruptivas). Como

hemos indicado más arriba, los problemas de conducta agresiva se presentan principalmente entre los niños maltratados físicamente. George y Main (1979) encontraron a estos niños más agresivos que los controles entre los 12 y 36 meses. En concreto, agredían y amenazaban más a sus cuidadores y pegaban a sus compañeros aproximadamente el doble que los controles.

Erickson, Egeland y Pianta (1989) observaron que los niños maltratados físicamente eran agresivos e irritables con los compañeros, mientras que quienes padecían abandono emocional mostraban más problemas conductuales en la escuela. Kaufman y Cichetti (1990) observaron que los niños maltratados tenían peores puntuaciones en medidas prosociales y se mostraron más retraídos en el grupo que los controles.

Pino (1995) observó una mayor cantidad de problemas de conducta entre los niños con abandono físico que entre los controles de su propio barrio y de otros barrios no marginales.

Kazdin, Moser, Colbus y Bell (1985) y Allen y Tarnowski (1989) hallaron en estos niños más síntomas depresivos (mayor externalidad en la atribución de control, más baja autoestima y desesperanza respecto al futuro). Torres, Arraubarrena y De Paúl (1992) una prevalencia de la depresión siete veces mayor entre niños que padecen abandono físico que entre los del grupo de comparación.

Pino y Herruzo (1993) observaron una inusual aparición de comportamientos sexuales precoces (frotis, masturbaciones con una alta frecuencia, en presencia de otros niños) en niños que padecían abandono.

En resumen, a partir de los datos existentes es posible afirmar que los malos tratos tienen unas consecuencias bastante graves a nivel psicológico para los niños de cero a ocho años, entre las que destaca el retraso en el desarrollo. Este se manifiesta en todas las áreas comportamentales, presentándose también diversos problemas de conducta. Los principales inconvenientes hallados en estas investigaciones han sido la falta de definiciones de los subtipos de maltrato que sean comunes a los diversos estudios, y por otro lado, la falta de grupos controles.

CONSECUENCIAS DURANTE LA EDAD ESCOLAR Y ADOLESCENCIA

Más difícil aún que las consecuencias en la infancia resulta la valoración de éstas en la edad escolar y adolescencia, porque en un período tan prolongado de tiempo la probabilidad de influencia de variables extrañas es muy alta. Como

afirman Cichetti y Olsen (1990), el maltrato tiene una serie de efectos en todas las áreas del desarrollo del niño, lo que le coloca en una situación de alto riesgo para desarrollar problemas de conducta y posteriores psicopatologías. Van a ser las diversas alteraciones conductuales que se engloban bajo la etiqueta general de conducta antisocial las más relacionadas con el fenómeno de los malos tratos.

Azar, Barnes y Twentyman (1988) encontraron altos niveles de conducta violenta y delitos con uso de violencia entre delincuentes y jóvenes con alteraciones psiquiátricas que habían padecido malos tratos (indistintamente maltrato o abandono físico).

Engfer y Schneewind (1982) pusieron de manifiesto que el maltrato físico puede estar relacionado con la aparición de ansiedad e indefensión, pero que a la vez estas conductas quedan mejor explicadas por situaciones de rechazo emocional (maltrato emocional/abandono emocional). La conducta antisocial y agresiva que padecen estos niños puede ser debida al maltrato padecido y, por otro lado, ser este tipo de conducta la que altera las relaciones familiares llevando a un castigo físico y verbal severo. Lo más probable, no obstante, es que los efectos iniciales en la infancia lleguen a cronificarse y amplificarse debido a este círculo vicioso que se crea en la interacción padres-hijo.

De Paúl y Arruabarrena (1995) también hallaron más problemas de conducta y ajuste escolar deficiente entre los niños vascos de edad escolar que padecían abandono y maltrato físico que entre los niños controles.

McCord (1983) en un estudio retrospectivo determinó que el 20% de los niños que padecieron abandono o maltrato físico, cuando llegaron a adolescentes cometieron delitos severos. Una vez que cometen delitos en la adolescencia, esta conducta suele cronificarse hasta la edad adulta. Dentro de la conducta antisocial, los que han padecido maltrato físico están más relacionados con delitos en los que utilizan agresiones y asaltos. Sin embargo, hay una mayor probabilidad de llegar a ser delincuentes cuando el sujeto ha padecido maltrato y/o abandono emocional, que cuando ha padecido maltrato físico (Brown, 1984).

En algunos estudios se han hallado diferencias ligadas al sexo. Rogeness, Amrung, Macedo, Harris y Fisher (1986) encontraron un mayor número de trastornos de conducta entre niños y niñas que habían padecido maltrato. Los varones que padecen abandono tienden a desarrollar trastornos de conducta por infrasocialización, y los trastornos de personalidad parecen ser comunes a maltrato y abandono físico.

También se ha estudiado el CI en relación a los malos tratos apareciendo los varones con abandono con un CI inferior al normal. Las niñas tienen CI infranormal ya sufran maltrato físico o abandono.

Parece que otra de las consecuencias de los malos tratos puede ser que los niños acaban adoptando una visión distorsionada de la realidad. Los adolescentes maltratados (tanto maltrato como abandono físico) suelen concebir de forma distorsionada la relación padre-hijo, viendo al padre como perfecto al lado del hijo despreciable (Dean, Malik, Richard y Stringer, 1986), cosa que no ocurre entre no maltratados. Estos adolescentes suelen tener unas expectativas poco realistas sobre la conducta de otros niños, es decir, piensan que los niños deben saber hacer cosas que son poco adecuadas para la edad de éstos.

En resumen, durante la edad escolar y adolescencia, los malos tratos correlacionan con la aparición de diversos problemas de conducta y con algunas psicopatologías.

CONSECUENCIAS DURANTE LA EDAD ADULTA

Entre las consecuencias a largo plazo de los malos tratos vamos a abordar principalmente dos temas: los datos que relacionan malos tratos y psicopatologías y la hipótesis tradicional de la transmisión intergeneracional de los malos tratos.

Carmen, Rieker y Mills (1984) realizaron un estudio retrospectivo con 188 pacientes psiquiátricos hallando que 53 mujeres y 23 hombres habían padecido en su infancia malos tratos o abuso sexual. Entre los maltratados físicamente se encontraron más conductas agresivas y una mayor probabilidad de suicidio así como un mayor tiempo de hospitalización.

También se ha hallado relación con los trastornos disociativos. Putnam, Guroff, Silberman, Barban y Post (1986) analizaron una muestra de estos pacientes hallando que el 97% de ellos habían sufrido algún trauma severo en la infancia, el 83% abuso sexual, el 75% maltrato físico repetido y el 68% ambos tipos. Sandberg y Lynn (1992) confirmaron estos datos especificando que estos trastornos eran especialmente más frecuentes entre los que habían padecido varios tipos de maltratos simultáneamente.

Las toxicomanías se han mostrado fuertemente asociadas a los malos tratos. Según Cohen y Densen-Gerber (1982) el 84% de los alcohólicos han padecido abandono, maltrato físico o abuso sexual. Entre los adictos a los opiáceos, un 35% han vivido episodios frecuentes de violencia familiar y el 17% maltrato físico severo (Rousanville, Weissman, Wilber y Kleber, 1982).

McCord (1983) halló que el 45% de los niños maltratados, de adultos, eran delincuentes, alcohólicos, enfermos mentales o morían anormalmente antes de los 35 años. Ese otro 55% que padeció malos tratos pero no mostró eras

psicopatologías, hace pensar en que existen factores de vulnerabilidad y de inocularización contra esos efectos a largo plazo de los malos tratos. Parece que el peor pronóstico lo presentan aquellos sujetos con padre alcohólico o delincuente, mayores niveles de agresividad, cuya madre posee una autoestima baja y que ha sido un niño agresivo durante la infancia.

Tradicionalmente se ha aceptado que los sujetos maltratados llegan a maltratar a sus hijos. Esta hipótesis ha sido puesta en cuarentena recientemente, no porque no exista esta transmisión intergeneracional, sino porque probablemente no sea tan generalizada como se creía. Se estima que entre un 5% y un 34% de los sujetos maltratados llegan a perpetrar malos tratos contra sus hijos, frente a un 5% de la población general (Kaufman y Zigler, 1987). En este proceso se han detectado una serie de factores protectores contra la transmisión intergeneracional de los malos tratos, entre los que estarían (Kaufman y Zigler, 1987) el apoyo social, la falta de sentimientos ambivalentes sobre el embarazo, el tener unos niños físicamente sanos, el mostrarse dolidos por su pasado de maltratados, pudiendo dar cuenta detallada de sus experiencias de maltrato y el haber sido maltratados sólo por uno de los progenitores, pudiendo mantener una relación con el otro progenitor.

En resumen, a pesar de las dificultades metodológicas y de que la mayoría de los datos son puramente correlacionales, parece que hay evidencias suficientes para concluir que los malos tratos tienen unas consecuencias claramente negativas para las personas que los padecen. Estas se manifiestan desde la infancia hasta la edad adulta. En la infancia las más significativas son el retraso en el desarrollo y la aparición de ciertas alteraciones conductuales como problemas de conducta. Durante la edad escolar y adolescencia destacamos la aparición de conducta antisocial, mientras que en la edad adulta aparecen diversos trastornos conductuales y también puede producirse la transmisión intergeneracional del fenómeno maltratante. Ciertos estudios relevantes señalan la necesidad de enfocar la investigación hacia el estudio de aquellos factores que hacen a los sujetos más vulnerables al padecimiento de estas consecuencias y de aquellos factores que les protegen frente a éstas. Sin embargo, queda aún un largo camino por recorrer. Hacen falta estudios longitudinales y estudios experimentales que, a través de la prevención, nos indiquen con la fundamentación suficiente, cuáles son los factores que protegen contra los efectos negativos de los malos tratos.

FACTORES ETIOLÓGICOS

La pregunta acerca del *por qué los malos tratos retrasan el desarrollo psicológico* resulta difícil de contestar. El desarrollo, como se ha señalado, es

fruto de múltiples factores en continua interacción: factores ambientales presentes a lo largo del tiempo, prácticas de cuidado infantil adecuado, ciertos repertorios o características presentes en el niño, etc. Las alteraciones y rupturas en este curso, como han señalado Azar, Barnes y Twentyman (1988) ocurren sólo cuando una serie de factores actúan durante un periodo de tiempo considerable provocando una nueva "organización del mundo" del niño que resulta desadaptativa. Por eso, el abordaje etiológico de los malos tratos y de sus consecuencias requiere una perspectiva amplia que abarque todo el entorno social del niño, es decir, que indague el tipo de interacciones que se dan entre el niño y el resto de los miembros de la familia que perpetra el maltrato, ya que es probable que este fenómeno pueda ser incluido dentro del gran capítulo del retraso en el desarrollo que autores como Bijou (1988) llaman de origen psicosocial. Los abordajes etiológicos más recientes del retraso en el desarrollo (Bijou, 1988; Galindo, Bernal, Hinojosa, Galguera, Taracena y Padilla, 1980; Luciano, 1988; Ribes, 1967) señalan a los factores relacionados con la interacción niño-entorno como las verdaderas variables que explican el retraso. Es decir, el cúmulo de factores ambientales y biológicos van a causar un retraso o no, de grado mayor o menor, en la medida que *limitan las posibilidades de interacción entre el niño y su medio ambiente psicológico*, por lo que su repertorio resulta consecuentemente limitado. Las investigaciones sobre las consecuencias de los malos tratos arrojan diversos datos que apuntan en esta dirección. Por ejemplo, las conclusiones existentes respecto a las consecuencias de los diferentes subtipos de malos tratos indican que no se pueden deslindar bien las principales consecuencias del maltrato físico y del abandono. Es decir, los problemas tanto cognitivos como escolares, e incluso las alteraciones neurológicas provocados por el maltrato físico son perfectamente atribuibles a esas otras características de la interacción entre los miembros de la familia maltratante (Azar, Barnes y Twentyman, 1988; Salzinger *et al.*, 1984) por lo que habría que pensar más en la interacción familiar disfuncional que en el maltrato propiamente como variable etiológica. Por ejemplo, se ha demostrado que los padres que maltratan físicamente a sus hijos utilizan significativamente más interacciones del castigo que los no maltatadores (Bousha y Twentyman, 1984). Sin embargo, las madres no maltratantes proporcionan tasas similares de castigo que sus maridos maltratantes (Reid, 1989), y hay también otros padres que son igualmente aversivos (p.e., los que tienen hijos que padecen alguna alteración clínica, Lober, Felton y Reid, 1984) y las consecuencias en los niños no son tan dramáticas. Parece que lo más distintivo de los padres que maltratan físicamente es la baja tasa de interacciones con sus hijos, en especial de interacciones positivas (Bousha y Twentyman, 1984; Burguess, y Conger, 1978), tanto con los niños más pequeños como con los que están en edad escolar (Wolfe, 1985), algo en lo que el maltrato físico coincide con el abandono físico y emocional. Lo que estamos arguyendo es que las principales secuelas que producen los malos tratos en cualquiera de sus versiones probablemente lo hacen a través de la misma vía que se explica el retraso en el desarrollo: se proporciona al niño un cuidado

inadecuado, se interactúa de forma positiva menos con él, en última instancia, utilizando palabras de Bijou (1988) "se proporciona al niño unas oportunidades significativamente menores que al resto de los niños para que se produzca un desarrollo adecuado".

Por ejemplo, se ha investigado la calidad de las interacciones concluyéndose que:

- Los padres no cambian su conducta en respuesta a demandas o necesidades de sus hijos y, además, les piden cosas claramente inapropiadas para la edad y repertorio del niño (Crittenden, 1982). Es decir, no refuerzan las interacciones espontáneas de sus hijos y en cambio, las que son iniciadas por los padres jamás llegan a ser interacciones de reforzamiento porque la demanda no puede ser cumplida por el niño, con lo cual la tasa final de reforzamiento en la interacción padres-hijo es baja, reduciéndose la probabilidad de nuevas interacciones.
- Estos padres son indiscriminados en la atención que proporciona (Wahler y Dumas, 1986), con lo cual no refuerzan diferencialmente conductas positivas, ni favorecen que se reduzcan las negativas (vía extinción o castigo), con lo cual hay una mayor probabilidad de comportamientos inadecuados y, consecuentemente, el balance final es una menor probabilidad de nuevas interacciones positivas.
- Gastan menos tiempo en estar en contacto físico con los bebés y los cogen menos (Lewis y Schaeffer, 1981), lo que reduce la probabilidad de que se creen vínculos positivos, o por decirlo de otra forma, de que los adultos se vuelvan reforzantes para el niño. Esto tiene unas consecuencias devastadoras porque dificulta la formación de los reforzadores sociales, que son fundamentales en el desarrollo humano. Como ha señalado Lovaas (1990) la escasez de reforzamiento social en el medio del niño favorece la aparición de conducta autoestimulada, lo cual bloqueará el aprendizaje posterior de muchos repertorios adaptativos (Bijou, 1988; Luciano, 1988).
- Son menos estimulantes auditiva y táctilmente para sus niños (Dietrich, Starr y Kaplan, 1980). Las verbalizaciones hacia sus hijos son cualitativa y cuantitativamente diferentes (Hess y Shipman, 1965), proporcionan menos oportunidades al niño para que clasifique e identifique objetos y proporcionan menos modelos de la conducta verbal necesaria para interaccionar socialmente (Hess y Shipman, 1965).
- Son menos sensibles a las señales de malestar en sus hijos y además responden a una proporción menor de las demandas que perciben (Bee, Disbrow, Johnson-Crowley y Barnard, 1981), con lo cual queda hipotecada

una importante vía a través de la cual los padres llegan a convertirse en una fuente de reforzamiento negativo (eliminan sus malestares) para el niño, que repercutirá en la creación de una relación de apego seguro.

Estas prácticas de cuidado insensible, especialmente en los primeros años de vida, pueden tener un impacto negativo sobre el desarrollo del niño. Además, es preciso añadir que estos patrones alterados de interacción suelen caracterizar también a otros miembros de la familia (Crittenden, 1982), lo que puede acarrear efectos negativos adicionales. Esto resulta importante porque hay datos que relacionan claramente la falta de interacción social y las dificultades en el desarrollo. Bradley y Caldwell (1976) pusieron de manifiesto como la riqueza de las interacciones madre-hijo o cuidador-hijo era el predictor más consistente de las puntuaciones que los niños obtenían en las escalas de desarrollo. Igualmente los que reciben menos atención materna tienden a puntuar menos en pruebas de inteligencia (Beckwith, 1971) y muestran poca habilidad para interactuar visual y táctilmente con estímulos novedosos (Rubenstein, 1976). También el desarrollo del lenguaje correlaciona con un alto grado de interacciones familiares y la enfatización explícita de la fluidez verbal (Elardo, Bradley y Caldwell, 1977; Jones, 1972). En definitiva, como ha señalado Bijou (1988), las prácticas de cuidado infantil inadecuado dificultan el desarrollo en el sentido de que los estímulos sociales y verbales que normalmente sirven para apoyar, estimular y facilitar las condiciones para interacciones más complejas ocurren en unas tasas muy bajas. La interacción madre-hijo o cuidador-hijo viene a resultar fundamental en el desarrollo del niño porque esos intercambios positivos y frecuentes incrementan las habilidades, el conocimiento y la motivación de los niños. Es algo que se refleja en cualquier área del desarrollo. Por ejemplo, la habilidad de identificar y clasificar objetos es un repertorio cognitivo de "conceptualización" que se desarrolla gracias a que alguien:

1. Prepara una y otra vez circunstancias que conduzcan a la aparición y solución de problemas, señala similitudes entre cosas diferentes, etc.
2. Estimula la conducta verbal y motora haciendo preguntas, ayudando en las respuestas correctas, etc.
3. Reacciona de forma inmediata apoyando las respuestas del niño, reafirmando las respuestas correctas, corrigiendo los errores, facilitando las cosas al principio, etc.

Este conjunto de interacciones ocurren en muchos momentos del día entre padres e hijo dentro de una adecuada relación de cuidado y pueden ser precisamente las que faltan en una familia maltratante.

A todo lo dicho hay que añadir el resto de déficit en habilidades que presentan los padres que maltratan a sus hijos: control de impulsos pobre, escasas habilidades de afrontamiento al estrés, pocas habilidades sociales (Azar y Twentyman, 1986), lo cual afecta también el desarrollo de estas áreas en el niño (Azar, 1988).

Todo lo expuesto nos situaría de lleno en la característica fundamental señalada por la mayoría de los investigadores (p.e. Azar, Barnes y Twentyman, 1988; Egeland *et al.*, 1981; 1983; Martínez Roig y De Paúl, 1993): que las consecuencias de los malos tratos son un fenómeno acumulativo, de manera que cada alteración que se produce favorece otras posteriores, o dificulta el desarrollo normal de algún repertorio posterior. El curso acumulativo del desarrollo es algo ya de sobra establecido (Bijou, 1976, 1988; Bijou y Baer, 1969; 1975; Kozloff, 1974; Luciano, 1988). Cada comportamiento nuevo se desarrolla gracias a que en el repertorio del niño hay otros comportamientos prerrequisitos u otras condiciones que favorecen tal desarrollo y sin las cuales la conducta nueva, o no aparece, o lo hace de manera deficitaria o alterada. Como señalan Kozloff (1974) y Sulzer Azaroff y Mayer (1983), los déficit en los repertorios atencionales e imitativos hipotecan el aprendizaje posterior de muchas conductas adaptativas.

Esta característica del desarrollo hace que podamos encontrarnos ante un fenómeno que tiende a ser cada vez más acumulativo. Ciertas características de los padres (menos interacciones positivas, más negativas) disminuyen la aparición de conducta positiva e incrementan las negativas, facilitándose de esta manera las condiciones para que haya maltrato físico en el hogar. Como han señalado Engfer y Schneewind (1982) y Bell (1971), no se deben considerar las alteraciones conductuales como producto único del maltrato, porque las propias conductas alteradas (agresivas por ejemplo), crean situaciones límite que favorecen la aparición del castigo severo o maltrato. Es algo que la ciencia tiene que acabar de determinar. Lo cierto es que resulta plausible que ese efecto acumulativo sea el principal factor de riesgo para que se den las otras consecuencias a medio y largo plazo. Como Bank, Patterson y Reid (1987) han señalado, muchos niños aprenden a comportarse coercitivamente en el seno de sus familias, con lo que tienen bastantes posibilidades de comportarse antisocialmente en casa y en la escuela. Al tener menos habilidades sociales y académicas, es más probable que resulten rechazados por sus compañeros y acaban estableciendo vínculos con otros niños o adolescentes que presentan más conducta desviada. Una vez en este grupo, la probabilidad de consumir alcohol y otras drogas se incrementa considerablemente y las violaciones de la ley llegan a ser aceptables e incluso promovidas dentro del grupo. Según Bank, Patterson y Reid (1987), el 50% de los delincuentes han tenido un curso vital parecido a éste.

En conclusión, parece que los datos aportados por las diversas investigaciones realizadas sobre este tema apuntan a que son los factores relacionados con la interacción del niño con su familia y cuidadores por un lado, y con otros niños por el otro, las variables directas responsables de los efectos de los malos tratos en el repertorio psicológico de los individuos. Esta conclusión se ve apoyada también por los datos existentes sobre los efectos de la intervención precoz. Cuando se interviene en el centro escolar aumentando las habilidades de relación, los efectos de los malos tratos son menores.

En este ámbito se pueden centrar los esfuerzos relativos al tratamiento o intervenciones a realizar (sin que esto suponga una merma en la intervención con los padres). Se trata de dotar al niño de repertorios alternativos (habilidades sociales, prerrequisitas de académicas, en especial atención y participación en las actividades escolares) que en definitiva rompan la espiral que hace cada vez mayor la diferencia entre la edad cronológica y la de desarrollo. Este es, pues, el reto que los resultados de las investigaciones plantean: diseñar herramientas de intervención que puedan ser valoradas sistemáticamente y que puedan ser aplicadas de manera sencilla, con pocos medios, por personal no especializado.

REFERENCIAS

- Allen, D. H., y Tarnowsky, K. J. (1989). Depressive characteristics of physically abused children. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 17, 1-11.
- Aragona, J. A., y Eyberg, S. M. (1981). Neglected children: Mother's report of child behavior problems and observed verbal behaviors. *Child Development*, 52, 596-602.
- Azar, S. T. (1988). Methodological consideration in the treatment outcome research in child maltreatment. (pp. 288-289). En G. T. Hotaling, D. Finkelhor, J. T. Kilpatrick y M. Strauss (Eds.). *Coping with family violence: Research and policy perspectives*. Newbury Park, CA.: SAGE.
- Azar, S. T., y Barnes, K. T. (1987). A transactional model of child maltreatment: An integration of cognitive behavioral and developmental perspectives. Conferencia presentada en el National Conference Family Violence Researchers, Durban, N. H.
- Azar, S. T., Barnes, K. T., y Twentyman, C. T. (1988). Developmental outcome in physically abused children: Consequence of parental abuse or the effects of a more general breakdown in caregiving behaviors. *The Behavior Therapist*, 1, 1, 27-32.
- Azar, S. T., y Twentyman, C. T. (1986). Cognitive-behavioral perspectives on the assessment and treatment of child abuse. *Advances in Cognitive-Behavioral Research and Therapy*, 5, 237-267.
- Bank, L., Patterson, G., y Reid, J. (1987). Delinquency prevention through training parents in family management. *The Behavior Analyst*, 10, 75-82.
- Barahal, R. B., Waterman, J., y Martin, H. P. (1981). The social cognitive development of abused children. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 49, 508-516.
- Beckwith, L. (1971). Relationships between attributes and mothers and their infants' IQ scores. *Child Development*, 42, 1083-1097.
- Bee, H. L., Disbrow, M. A., Johnson-Crowley, N., y Barnard, K. (1981). Parent-child interactions during teaching in abusing and non-abusing families. Ponencia presentada en la Biannual convention of the Society for Research in Child Development, Boston.
- Beeghly, M., Carlson, V., y Cicchetti, D. (1986). Child maltreatment and the self: The emergence of internal state language in low SES 30-month-olds. Ponencia presentada en la International Conference on Infant Studies. Beverly Hills, California.

- Bell, R. Q. (1971). Stimulus control of parent or caretaker behavior by offspring. *Developmental Psychology, 4*, 63-72.
- Besharov, D. J. (1981). Toward better research on child abuse and neglect: Making definitional issues an explicit methodological concern. *Child Abuse and Neglect, 5*, 383-390.
- Bijou, S. W. (1976). *Psicología del desarrollo infantil*. (Vol. 3) México: Trillas.
- Bijou, S. W. (1988). Un punto de vista realista sobre el retraso mental: implicaciones para la educación en el entrenamiento. En M. C. Luciano, y J. Gil, (Eds.), *Ánalisis e intervención conductual en retraso en el desarrollo* (pp. 7-25). Granada: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada.
- Bijou, S. W., y Baer, D. M. (1969). *Psicología del desarrollo infantil* (vol. 1). México: Trillas. (Ed. Inglés: 1961).
- Bijou, S. W., y Baer, D. M. (1975). *Psicología del desarrollo infantil* (vol. 2). México. (Ed. Inglés: 1965).
- Blager, F., y Martin, H. (1976). Speech and language of abused children. En H. P. Martin (Ed), *The abused child* (pp. 83-92). Cambridge, MA: Ballinger.
- Bousha, D., y Twentyman, C. T. (1984). Abusing, neglectful and comparison mother-child interactional style: Naturalistic observations in the home setting. *Journal of Abnormal Psychology, 93*, 106-114.
- Brown, S. E. (1984). Social class, child maltreatment and delinquent behavior. *Criminology, 22*, 259-278.
- Bradley, R. H., y Caldwell, B. M. (1976). The relation of infants' home environment to mental test performance at 54 months: A follow-up study. *Child Development, 47*, 1172-1174.
- Bruinnink, R. H., Hill, B. K., Weatherman, R. F., y Woodcock, R. W. (1990). Technical summary of the Inventory for Client and Agency Planning (ICAP). *DLM Teaching Resources Assessment Service Bulletin, 14*.
- Burgess, R. L., y Conger, R. D. (1978). Family interaction in abused, neglectful and normal families. *Child Development, 49*, 1163-1173.
- Carmen, E. H., Rieker, P. P., y Mills, T. (1984). Victims of violence and psychiatry illness. *American Journal of Psychiatry, 141*, 378-383.
- Camras, L. A., Ribordy, S., Spaccarelli, S., y Stefani, R. (1986). *Emotion recognition and production by abused children and mothers*. Ponencia presentada en la Convention of the American Psychological Association, Washington, D.C.
- Cicchetti, D. (1987). Developmental psychopathology in infancy: Illustration from the study of maltreated youngsters. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 55*, 837-845.
- Crittenden, P. M. (1982). Abusing, neglecting, problematic and adequate dyads: Differentiating by patterns of interaction. *Merrill-Palmer Quarterly, 27*, 201-218.
- Cicchetti, D., y Olsen, K. (1990). The developmental psychopathology of child maltreatment. En M. Lewis y S. M. Miller (Eds.), *Handbook of Developmental Psychopathology* (pp. 261-280). New York: Plenum Press.
- Cohen, F. S., y Densen-Gerber, J. (1982). A study of the relationship between child abuse and drug addiction in 178 patients: preliminary results. *Child Abuse and Neglect, 6*, 382-387.
- Coster, W., Gersten, M., Beeghly, M., y Cicchetti, D. (1989). Communicative behavior in maltreated toddlers. *Development Psychology, 25*, 1020-1029.
- Dean, A. L., Malik, D. M., Richard, W., y Stringer, S. A. (1986). Effects of parental maltreatment on children's conception of interpersonal relationship. *Development Psychology, 22*, 617-626.
- De Paúl, J., y Arruabarrena, I. (1990). La investigación en el ámbito del maltrato infantil. *Infancia y Sociedad, 2*, 15-29.
- De Paúl, J., y Arruabarrena, M. I. (1995). Behavior problems in school-aged physically abused and neglected children in Spain. *Child Abuse and Neglect, 19*, 409-418.
- Dietrich, K. N., Starr, R. H., y Kaplan, M. G. (1980). Maternal stimulation and care of abused infants. En T. M. Field (Ed.), *High risk infants and children* (pp. 25-41). New York: Academic Press.
- Egeland, B., y Erickson, H. (1990). Rising above the past: Strategies for helping new mothers break the cycle of abuse/neglect. *Zero and Three, 10*, 29-35.

- Egeland, B., y Sroufe, L. A. (1981). Developmental sequelae of maltreatment in infancy. *New Directions for Child Development*, 11, 77-92.
- Egeland, B., Sroufe, L. A., y Erickson, H. (1983). The developmental consequences of different patterns of maltreatment. *Child Abuse and Neglect*, 7, 459-469.
- Erickson, M. F., Egeland, B., y Pianta, R. (1989). The effects of maltreatment on the development of young children. En D. Cichetti y V. Carlson (Eds.), *Child maltreatment: Theory and research on the causes and consequences of child abuse neglect* (pp. 647-684). New York: Cambridge University Press.
- Elardo, R., Bradley, R., y Caldwell, B. M. (1977). A longitudinal study of the relation of infants home environment to language development at age three. *Child Development*, 48, 595-603.
- Elmer, E., y Martin, J. (1987). *Adult outcome of childhood abuse*. Trabajo presentado en la tercera National Family Violence Research Conference, Durham, NH.
- Engfer, A., Schneewind, K. (1982). Causes and consequences of harsh parental punishment. An empirical investigation in a representative sample of 570 German families. *Child Abuse and Neglect*, 6, 129-139.
- Friedrich, W., y Wheeler, K. (1982). The abusing parent revisited. A decade of psychological research. *Nervous and Mental Disease*, 170, 577-587.
- Gaensbauer, T. J., y Sands, S. K. (1979). Distorted affective communications in abused/neglected infants and their potential impact on caretakers. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 18, 236-250.
- Gaensbauer, T., Mrazek, D., y Harmon, R. (1980). Affective behavior patterns in abused and/or neglected infants. In N. Freud (Ed.), *The understanding and prevention of child abuse: Psychological approaches*. London: Concord Press.
- Galindo, E., Bernal, T., Hinojosa, G., Galguera, M. I., Taracena, E., y Padilla, F. (1980). *Modificación de conducta en la educación especial. Diagnóstico y programas*. México: Trillas.
- George, C., y Main, M. (1979). Social interactions of young abused children: Approach, avoidance, and aggression. *Child Development*, 50, 306-318.
- Hess, R. D., y Shipman, V. C. (1965). Early experience and the socialization of cognitive mores in children. *Child Development*, 35, 869-886.
- Hoffman-Plotkin, D., y Twentyman, C. (1984). A multimodal assessment of behavioral and cognitive deficits in abused and neglected preschoolers. *Child Development*, 55, 784-802.
- Howes, C. (1988). Abused and neglected children with their peers. En G. T. Hotaling, D. Finkelhor, J. T. Kilpatrick y M. Strauss (Eds.). *Family Abuse and its consequences: New Directions in Research*. Newbury Park, CA: Sage.
- Howes, C., y Espinosa, M. P. (1985). The consequences of child abuse for the formation of relationship with peers. *Child Abuse and Neglect*, 9, 397-404.
- Jones, P. A. (1972). Home environment and the development of verbal ability. *Child Development*, 43, 1081-1086.
- Kaufman, J., y Cicchetti, D. (1990). School-aged children's socioeconomical developmental: Assessment in a day-camp setting. *Development Psychology*.
- Kaufman, J., y Zigler, E. (1987). Do abused children become abusive parents? *American Journal of Orthopsychiatry*, 57, 186-192.
- Kazdin, A. E., Moser, J., Colbus, D., y Bell, R. (1985). Depressive symptoms among physically abused and psychiatrically disturbed inpatients children. *Journal of Abnormal Psychology*, 94, 298-307.
- Kempe, C. H., Silverman, F. N., Steele, B. B., Droegemueller, W., y Silver, H. K. (1962). The battered child syndrome. *Journal of the American Medical Association*, 181, 17-24.
- Kempe, H. (1970). Approach to preventing child abuse. The health visitors concept. *American Journal of Diseases of Childhood*, 136, 941-947.
- Kinard, E. M. (1985). Ethical issues in research with abused children. *Child Abuse and Neglect*, 9, 301-311.
- Kozloff, M. A. (1974). *El aprendizaje y la conducta en la infancia*. Barcelona: Fontanella.
- Lamphear, V. S. (1986). The psychosocial adjustment of maltreated children: Methodological limitations and guidelines for future research. *Child Abuse and Neglect*, 10, 63-69.

- Leventhal, J. M. (1981). Risk factors for child abuse: Methodologic standards in case-control studies. *Pediatrics*, 68, 684-690.
- Lewis, M., y Schaeffer, S. (1981). Peer behavior and mother infant interaction in maltreated children. En M. Lewis y L. A. Rosenblum (Eds.), *The uncommon child: The genesis of behavior* (pp. 193-223). New York: Plenum Press.
- Loovas, I. (1990). *Enseñanza de niños con trastornos del desarrollo*. Barcelona: Martínez Roca.
- Lorber, R., Felton, D. K., y Reid, J. B. (1984). A social learning approach to the reduction of coercive processes in child abusive families: A molecular analysis. *Avances in Behavior Research and Therapy*, 6, 29-45.
- Luciano, M. C. (1988). Un análisis de los procedimientos para la adquisición, eliminación, mantenimiento y generalización del comportamiento en personas retardadas en su desarrollo. En M. C. Luciano y J. Gil (Eds.), *Ánalisis e intervención conductual en retraso en el desarrollo* (pp. 51-106). Granada: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada.
- Main, M., y George, C. (1985). Responses of abused and disadvantaged toddlers to distress in agemates: A study in the day care setting. *Developmental Psychology*, 21, 407-412.
- Martin, H. P. (Ed.) (1976). *The abused child: a multidisciplinary approach to developmental issues and treatment*. Cambridge: Ballinger.
- Martin, H. P., y Rodeheffer, P. (1976). Learning and intelligence. En Martin, H. P. (Ed.), *The abused child: A multidisciplinary approach to developmental issues and treatment* (pp. 93-104). Cambridge: Ballinger.
- Martínez Roig, A., y De Paül, J. (1993). *Los malos tratos a la infancia*. Barcelona: Martínez Roca.
- McCord, J. (1983). A forty years perspectiva on effects of child abuse and neglect. *Child Abuse and Neglect*, 7, 265-270.
- Newberger, E. H., Newberger, C. M., y Hamptom, R. L. (1983). Child Abuse: The current theory base and future research needs. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 22, 262-268.
- Pino, M. J. (1995). *Estudio e intervención en maltrato infantil*. Tesis Doctoral. Universidad de Granada.
- Pino, M. J., y Herruzo, J. (1993). Un estudio preliminar de las alteraciones del desarrollo de los niños de familias en desventaja social. En F. Martínez (Ed.), *Psicología comunitaria* (pp. 315-322). Sevilla: EDEMA.
- Pino, M. J., Herruzo, J., y Moya, M. (1998). Estudio de las consecuencias del abandono físico en el desarrollo psicológico de niños de edad preescolar en España (Pendiente publicación). *Child Abuse and Neglect*.
- Putnam, F. W., Guroff, J. J., Silberman, E. K., Barban, L., y Post, R. M. (1986). The clinical phenomenology of multiple personality disorders: Review of 100 recent cases. *Journal of Clinical Psychiatry*, 47, 285-293.
- Querol, X. (1991). *El niño maltratado*. Barcelona: Ed. Espax.
- Rogeness, G. A., Amrung, S. A., Macedo, C. A., Harris, W. R., y Fisher, Ch. (1986). Psychopathology in abused or neglected children. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 25, 659-665.
- Reid, J. B., Kavanagh, K., y Baldwin, D. V. (1987). Abusive parents' perception of child behavior problems: An example of parental bias. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 15, 457-466.
- Ribes, E. (1972). *Técnicas de modificación de conducta: su aplicación en el retraso en el desarrollo*. México: Trillas.
- Rousanville, B.J., Weissman, M. M., Wilber, C. H., y Kleber, H. D. (1982). Pathways to opiate addiction in 178 patients: preliminary results. *Child abuse and Neglect*, 6, 383-387.
- Rubenstein, J. (1976). Maternal attentiveness and subsequent exploratory behavior in the infant. *Child Development*, 38, 1089-1100.
- Sanground, A., Gaines, R. W., y Green, A. H. (1974). Child abuse and mental retardation: A problem of cause and effect. *American Journal of Mental Deficiency*, 79, 327-330.
- Shameroff, A. J., y Chandler, M. J. (1975). Reproductive risk and the continuum of caretaking casualty. En D. Horowitz, M. Hetherington, S. Salapatek, y G. Siegel (Eds.), *Review of child development research* (vol. 4, pp. 187-243). Chicago: University of Chicago Press.

- Sandberg, D. A., y Lynn, S. J. (1992). Dissociative experiences, psychopathology and adjustment, and child and adolescent maltreatment in female college students. *Journal of Abnormal Psychology, 101*, 717-723.
- Salzinger, S., Kaplan, S., Pelcovitz, D., Samit, C., y Krieger, R. (1984). Parent and teacher assessment of children's behavior in child maltreating families. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry, 23*, 458-464.
- Sulzer-Azaroff, B., y Mayer, G. R. (1983). *Procedimientos del análisis conductual aplicado con niños y jóvenes*. México: Trillas.
- Torres, B., Arruabarrena, I. (1992). Depressive symptomatology and disorders in abused children. Comunicación en el *IX Congress on Child Abuse and Neglect*. Chicago.
- Wahler, R., y Dumas, J. (1986). Maintenance factors in coercive mother-child interactions: The compliance and predictability hypotheses. *Journal of Applied Behavior Analysis, 19*, 13-22.
- Wasserman, G., Green, A., y Allen, R. (1983). Going beyond abuse: Maladaptive patterns of interaction in abusing mother-infant pairs. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry, 22*, 245-252.
- Wasserman, M. D., y Rosenfeld, M. D. (1986). Decision-making in child abuse and neglect. *Child Welfare, 6*, 515-528.
- Wolfe, D. A. (1985). Child abusive parents: An empirical review and analysis. *Psychological Bulletin, 97*, 462-482.